

dose en el reino italiano.—Es la historia de los arroyos que van á los ríos y de los ríos que van á la mar.

Luca tiene casi el mismo aspecto y algunos ménos habitantes que Pisa; pero como la ciudad es mas pequeña, resulta mas animada.

Su clima se halla muy lejos de ser tan benigno como el de su antigua rival.—A lo menos ayer tarde, hacia allí un frio... muy propio de la estacion y nada á propósito para los enfermos del pecho.—¡No quiera Dios que vayan este invierno á Luca aquellas lindas inglesas que conocí en Liorna!

En menos de dos horas recorrimos Caballero, Jussuf y yo toda la ciudad, y á no haber sido porque yo me opuse á entrar de noche en Florencia, hubiéramos continuado en seguida nuestro viaje.

Despues vereis que hice bien en retardar algunas horas mi salida para la hermosísima capital en que escribo estos apuntes, y cuyos alrededores, cuya aparicion, cuyo aspecto, iluminados por el sol de la mañana, no se borrarán jamás de mi memoria.

Pero volvamos á Luca.

En Luca visitamos algunas bellísimas iglesias, entre otras *San Michele*, *San Frediano* y *San Giovanni*, notables por su rara arquitectura, por su vejez y por los cuadros y esculturas que encierran.

La *Catedral* es gótica, cosa singular en Italia; pero sin embargo ostenta, sobre todo en la fachada, muchos rasgos característicos de la arquitectura especial de Pisa.—En aquel templo son de notar muy señaladamente las muchas y magistrales esculturas que adornan así el interior como la portada.

Luca ha sido siempre fecunda en buenos escultores.—Hoy se contenta con ser patria de todos los fabricantes de *Santi boniti bariti* que recorren la Europa y la América.

Muchos de estos fabricantes salieron de la ciudad niños y miserables, sin otro patrimonio que algunas figurillas de barro y un costal de yeso; recorrieron el mundo llevando siempre sobre la cabeza una tabla llena de monigotes diariamente renovados, y volvieron á Luca, al cabo de quince ó veinte años, cargados de riquezas, que les permitieron comprar algun antiguo palacio, casarse con la hija de algun título pobre y pasar la segunda mitad de la vida eclipsando el esplendor y el poderio de aquellos grandes personajes cuyo busto habian fabricado tantas veces.

La catedral de Luca encierra tambien muy buenas pinturas de Tintoretto, Fra Bartolomeo, Daniel Volterra y otros insignes artistas.

Despues de visitar los templos que he citado, pasamos algun tiempo en la *Plaza Grande*, que es soberbia.

En ella se levantan el antiguo *Palacio Ducal* y una estatua de mármol de María Luisa de Borbon, ó sea de la reina de Etruria.

Luego nos fuimos á dar un paseo en coche sobre las murallas que cercan la ciudad, sombreadas, como os he dicho, por corpulentos árboles,—plátanos, acacias y álamos blancos.

Allí habia una gran concurrencia. En cada trozo de muralla se veian las familias del barrio inmediato.

Así, pues, en un lado se encontraba gente pobre que tomaba el sol por cuenta propia: en otro, gente rica que lo tomaba por cuenta ajena, ó sea por lucir sus galas. Tambien habia parajes solitarios, y otros en que los estudiantes diableaban á sus anchas, jugaban los soldados y dormian á pierna suelta los mendigos.

Los carruajes daban la vuelta entera alrededor de la ciudad, recorriendo todos aquellos paseos, que suman un trayecto de una legua.

En los carruajes ví algunas mujeres muy elegantes y muy bonitas, vestidas á la parisien.

Los *liones* de Luca las seguian á caballo, bebiendo los vientos por una mirada ó un saludo.

Esto me recordaba las tres vueltas que Hector y Aquiles dieron alrededor de Troya antes de venir á las manos.

Ya oscurecido, nos encaminamos á nuestro alojamiento,—*Albergo della Croce di Malta*,—donde *Jussuf* nos amenizó la comida y la *soirée* contándonos casos y cosas del imperio de Marruecos, hasta que á eso de las nueve, hora en que hubiéramos empezado á vivir en Madrid, nos dimos las buenas noches, no sin esclamar por la centésima vez:

—¡Mañana al mediodía estaremos en Florencia!

IV.

De Luca á Florencia.—Florencia á lo lejos.—Recuerdos históricos.—Primer paseo por la ciudad.

Las quince leguas, ó sea las tres horas de ferro-carril que hay de Luca á Florencia, constituyen uno de los viajes mas deliciosos que podeis imaginaros. Unas maravillas suceden á otras: de la fértil campiña se pasa al sombrío bosque: de la agreste montaña se baja al estensísimo olivar: en una parte, moreras, naranjos, olorosos laureles: en otra, cristalinos riachuelos ó canalizadas acequias que esparcen el riego por los verdes sembrados: á cada paso, una ciudad, una aldea, una quinta: de vez en cuando, las ruinas de algun castillo señorial; y siempre y por todos lados, flores y verdura,—flores en diciembre;—un cielo radiante, un aire perfumado, un sol de oro; gente bella y locuaz; gracia y arte en la disposicion de los edificios mas vulgares; lujo en la naturaleza; alegría en el hombre; poéticos recuerdos por do quiera...—Tal es, en resumen, la alta Toscana, muy semejante, por cierto, al territorio granadino.

El ferro-carril se dirige primero al Nordeste, deslizándose al pie de frondosas colinas cuajadas de caseríos, y dejando ver á la derecha una vasta y riquísima llanura.

Así se pasa cerca de *Pescia*, pequeña y linda ciudad; por *Montecatini* y *Pieve*

á *Nievole*, preciosos pueblos; por *Serravalle*, reclinada ya en las faldas del Apenino y coronada por una antigua fortaleza, y finalmente, se llega á *Pistoja*, ciudad mas importante, tambien fortificada, célebre en la antigüedad porque no lejos de sus muros tuvo lugar la sangrienta batalla en que murió Catilina, y muy nombrada en la Edad Media á causa de la guerra feroz que se hicieron sus habitantes, divididos en *Blancos y Negros*.

De buena gana hubiera entrado en Pistoja y visitado sus templos, notables, segun me aseguraron, por las muchas y muy buenas esculturas que encierran... Pero la atraccion de Florencia érame ya irresistible.

En Pistoja se nos agregaron tantos viajeros, que fue necesario añadirle al tren cuatro veces mas coches que habia sacado de Luca.

Y es que en Pistoja se reúnen todas las diligencias que cruzan el Apenino viniendo de la Emilia y de la Lombardia con direccion á Florencia.

En adelante, caminamos al Sudeste, alejándonos del Apenino todo lo que nos habiamos acercado á él y penetrando en una amenísima llanura tapada de árboles.

Allí encontramos á *Prato*, ciudad de 12,000 habitantes, amurallada, sumamente industrial, á juzgar por las innumerables chimeneas de fábricas que la coronan, y llena de preciosas obras de arte, segun me dijo un compañero de coche que se quedó en aquella estacion.

—¡*Prato!* exclamaba en tanto Jussuf. *Hacer aquí gorros colorados para moros turcos.*

—Ciertamente, respondió otro viajero.

—¿Y por dónde lo sabes tú? le preguntó Caballero al marroquí.

—*Haber en Liorna gorros muy baratos*, replicó este sonriendo como un niño. *Yo preguntar: judío decir. Estar gorro para turco, chico para moro. Moro no comprar.*

En esto, empezábamos á llegar á Florencia.

Florencia, como todas las grandes capitales (exceptuando á Madrid), se anuncia antes de aparecer á los ojos del viajero. Las fábricas, las quintas, los palacios campestres, las casas diseminadas acá y allá, el aprovechamiento del terreno, las huertas lujosamente cercadas, todo revela que se aproxima uno á un gran foco de poblacion, á una gran fuente de vida, á un gran campamento, del cual está recorriendo las avanzadas.

Poco á poco van estrechándose las distancias entre los aislados edificios; van relacionándose estos; va formándose la colmena; va condensándose la ciudad... hasta que por último aparecen á lo lejos algunas elevadísimas torres; y luego la gran masa de la capital, el origen de tanto movimiento, el centro de tanta animacion, *Florencia*... en fin, la ciudad famosa, la beldad soñada, la ilusion de muchos años trocada en realidad á vuestros ojos, una esperanza menos, una cruel victoria mas;—otro alcázar que se hunde en vuestra imaginacion, y del que solo vereis en adelante escombros y ruinas en el páramo de los recuerdos.

—¡*Florencia!*... aquella es Florencia ó sea la *patria de las flores*, se apre-

sura á decirnos vuestra memoria, temerosa de que se entristezca vuestro corazon;—aquella es la ciudad dos veces ilustre en la historia del arte, como estrusca y como italiana; aquella es la rival y vencedora de *Fiésole*, cuyo esqueleto blanquea todavía en la próxima montaña; aquella es la colonia embellecida por los romanos, la deidad admirada y luego destruida por los bárbaros, la desheredada reina réstablecida en su trono por Cárlo Magno; aquella fue luego la ardiente republicana al par que elegante aristócrata que dispensó sus favores indistintamente á Güelfos y Gibelinos, y fue amada y maldecida por el infortunado Dante; esa es la córte de los *Médis*, de aquella familia de astutos comerciantes que se transformó de pronto en dinastía de príncipes, y dió reinas á toda Europa, pontífices al cristianismo y tiranos á Florencia... pero tiranos ingeniosos que hicieron olvidar á los toscanos su perdida libertad, adormeciéndoles con el suave beleño de las letras y las artes y enervando su clásica energia en el seno del lujo y los placeres; esa es la *Atenas del Renacimiento*, la *ciudad-museo*, en cuyas plazas se ven todavía revueltas con la multitud ociosa las esculturas de Miguel Angel y Benvenuto Cellini; esa fue la cuna del talento, el emporio del saber y la cultura, la escena de los grandes crímenes, el salon de las lujosas fiestas, la gran escuela política; ahí se encuentran hoy millones de libros, cuadros, estatuas, joyas, medallas, camafeos, bronceos, manuscritos, reliquias, templos, sepulcros y palacios, testimonios elocuentes de las glorias florentinas; esa es, en fin, la patria de Dante, de Maquiavello, de Bocaccio, de Americo Vesputio, de Cimabue, de Ficin, de Mars, de Andrea del Sarto, de Lorenzo de Médis, de Leon X, de Lulli, de Brunelleschi, y de otros muchos artistas, poetas, papas, historiadores, sabios, guerreros y navegantes de inmortal renombre.

Tal es la Florencia que ve la imaginacion, en tanto que los ojos descubren sucesivamente un apiñado grupo de torres señoriales, cúpulas y campanarios; altos techos de enormes edificios; graciosas siluetas de negros palacios destacándose en el limpio cielo; puertas almenadas; jardines levantados sobre algunas azoteas; calles de árboles; puentes; arcos; los anchos espejos del Arno caudaloso; suntuosas casas modernas; centenares de carruajes por todos lados; una inmensa muchedumbre á pie; lujo, animacion, alegría, movimiento y ruido en la estacion del ferro-carril, en los muelles, en el rio, en las calles, en las plazas, en todas partes... una gran capital, en fin, que recuerda á Milan, ó mas bien á Sevilla; pero que las aventaja en hermosura.

Mucho antes de entrar en Florencia, se han visto ya tres de sus principales maravillas, que son: la alta y esbelta torre del *Palacio Viejo* ó de la *Señoría*; el maravilloso *Campanile* (que desde el primer momento hace olvidar aquel tan extraño y bello que acaba de admirarse en Pisa,) y sobre todo la audaz y gigantesca cúpula del *Duomo*, llamada *Cúpula de Brunelleschi*, del nombre de su autor.—Estas tres obras maestras, solitarias reinas del aire, hacen adivinar al viajero todo el esplendor de la ciudad que se estiende debajo de ellas.

Una vez *intramuros*, llama vivamente la atencion la singular elegancia de todo lo que se ve; el *buen tono*, por decirlo así, no solo de las personas, sino de

las cosas; el decoro, el aseo, la gracia de las calles, de los edificios y de las gentes; el aire de decencia y de cultura que se respira por do quiera; la pulcritud y perfeccion del empedrado; los contornos artísticos y la noble severidad de los palacios; la compostura y limpieza de la muchedumbre; el gusto, cuando no el lujo, de las tiendas; la aristocrática disposicion de la entrada de los cafés y de los hoteles, y sobre todo el gran número de extranjeros de todos los países, en particular ingleses (y entre los ingleses, centenares de *fashionabilísimas* inglesas), que han tomado carta de ciudadanía á las orillas del Arno, siendo para la patria de las flores una especulacion y un adorno, ó sea el becerro de oro para los comerciantes y el figurin de la moda para sus hijas.

Nuestro primer cuidado al salir de la estacion del ferro-carril, fue venirnos á este hotel de *l'Arno* y hacer un ligero estudio acerca de la cocina de Florencia, que no nos pareció mala: en seguida nos marchamos á recorrer superficialmente la ciudad, en cuya operacion hemos empleado desde la una de la tarde hasta el oscurecer; y una vez oscurecido, nos hemos vuelto á casa, de donde yo no he querido salir mas hasta referiros, como acabo de hacerlo, mi viaje de Génova á Florencia.

Ahora me resta daros una idea de las principales cosas que he visto esta tarde, durante mi primer paseo á la ventura por la córte de los Médicis.

En Florencia, como en Pisa, el Arno es la calle principal, la gran arteria de la poblacion, el *boulevard* que la parte en dos mitades.

A cada lado del opulento rio hay un ancho muelle, llamado *Lungo l'Arno*, en que se levantan, sobre todo en el de la derecha, soberbios palacios y magníficos hoteles.

Desde el balcón del que nosotros habitamos se descubre toda la longitud de esa triple calle, ó sea cerca de una legua de muelles y rio, viéndose sobre este último hasta cinco puentes de variada forma, que son: *il Ponte delle Grazie*, sólido y viejísimo, sobre el cual se levantan algunas casas; *il Ponte Vecchio*, que se halla casi á la puerta de este hotel, y que constituye uno de los principales centros del comercio de Florencia; pues, como el puente de Rialto de Venecia, sostiene dos hileras de casas, cuyos portales son otras tantas tiendas, ocupadas casi todas por plateros; *il Ponte á Santa Trinitá*, compuesto de tres elegantes y atrevidos arcos elípticos y adornado con cuatro estatuas; *il Ponte della Carraja*, así llamado por los muchos carros que pasan sobre él, y finalmente, allá muy lejos, donde no hay ya casas á las márgenes del Arno, sino jardines y alamedas, *il Ponte di Ferro*, uno de los dos puentes colgantes tendidos sobre el rio en las afueras de la ciudad.

Después de recorrer de un extremo á otro el *Lungo l'Arno*, hemos dirigido nuestros pasos á la célebre plaza de la Señoría ó del Gran Duque, que por sus monumentos arquitectónicos y por sus recuerdos históricos y poéticos, compite con la *Piazzetta* de Venecia, y que, por las obras maestras de escultura que la adornan, hace adivinar lo que debieron de ser las plazas de Atenas, cuando las

obras de Fidiás, Plaxiteles y Cleómenes recibian en ellas la lluvia del cielo y las reverentes miradas de los mendigos ociosos.



Iglesia de Santa Croce en Florencia.

En el foro de Florencia, son Miguel Angel, Benvenuto Cellini, Juan de Bologna y Donatello los que escitan la admiracion de los transeuntes.

Allí, á todas horas, siempre que paseis, podeis ver (y hasta reparar en que mucha gente cruza ya cerca de ellas sin mirarlas) cinco ó seis obras maestras de aquellos inmortales artistas.

Allí habeis empezado por admirar el aspecto general de la plaza, irregular